

RECENSIONES

Canale, Fernando L. *El principio cognitivo de la teología cristiana: Un estudio hermenéutico de la revelación y la inspiración de la Biblia*. Traducido por Margarita Biaggi de Wainz. Libertador San Martín, Entre Ríos, Argentina: Editorial Universidad Adventista del Plata, 2019. Pp. x + 483.

<https://doi.org/10.17162/rt.v35i1.1375>

Uno de los pensadores más destacados de la teología adventista durante las últimas décadas ha sido Fernando L. Canale, quien ha contribuido, sin duda, a moldear la forma de pensar de varias generaciones de teólogos y profesores de teología adventistas a través de su labor como escritor y docente universitario. Sus contribuciones en el terreno de la teología sistemática y de la clarificación de la relación entre la teología y la filosofía resultan invaluableles. Es imposible resumir toda su labor aquí. Canale es profesor emérito de teología y filosofía del Seminario Teológico Adventista del Séptimo Día de la Universidad Andrews. Ha desempeñado la docencia en esa institución desde 1985. Sus áreas de especialización incluyen la filosofía cristiana, la teología fundamental, la doctrina de Dios, la doctrina de la revelación-inspiración y el método de la teología. Ha publicado decenas de artículos académicos y varios libros, entre los que se destacan su tesis doctoral, *A Criticism of Theological Reason: Time and Timelessness as Primordial Presuppositions* (1986), y otros libros como *Back to Revelation-Inspiration: Searching for the Cognitive Foundations of Christian Theology in a Postmodern World* (2001) y *Elementos básicos de la teología cristiana* (2017).

El principio cognitivo de la teología cristiana es el resultado de varios años de experiencia impartiendo clases sobre la doctrina de la revelación-inspiración. El texto consta de tres secciones. La primera sección, que abarca seis capítulos, trata temas introductorios como las definiciones básicas de revelación-inspiración. Para Canale, “revelación” es el “proceso por medio del cual la información presente en la Escritura llegó a la posesión del escritor humano” (p. 9). En esta sección (capítulo 2) Canale también explica su comprensión de la revelación general. Para él, la revelación general tiene un alcance salvífico (p. 31) pero debe distinguirse de la teología natural, que tradicionalmente ha pretendido que es posible desarrollar una teología directamente a

partir de la naturaleza. Canale considera, correctamente, que la revelación general no tiene la especificidad cognitiva necesaria (Dios “habla” pero sin palabras, como lo señala Ps 19:3) y por lo tanto no es posible elaborar una teología solo a partir de ella. La teología natural es filosofía humana, no revelación de Dios (p. 35).

En esta sección, Canale también propone que el estudio de la revelación-inspiración debe incluir la doctrina explícita de la Escritura sobre el tema (que enfatiza el papel divino en la revelación-inspiración) y los fenómenos de la Escritura (que destacan la participación humana). El capítulo 4 está precisamente dedicado al primer aspecto y analiza 2 Ti 3:14-17 y 2 P 1:21. El capítulo 5 representa una discusión muy útil en el contexto de esta doctrina porque explica la estructura epistemológica del conocimiento humano en relación con la doctrina de la revelación-inspiración. Canale destaca que, según la visión hermenéutica posmoderna de la relación entre sujeto y objeto, ambos elementos están activos en el proceso de conocer. Esto implica que en el estudio de la revelación-inspiración nuestras presuposiciones (ontológicas) acerca de la naturaleza de Dios y del hombre tendrán influencia en nuestra interpretación de esta doctrina porque tanto Dios como los seres humanos están involucrados en el proceso de revelación-inspiración. En consonancia, el capítulo 6 describe las presuposiciones históricas involucradas en la interpretación de la naturaleza de Dios y la naturaleza del ser humano. La interpretación platónica clásica asume que Dios es un ser atemporal y la comunicación entre Dios y los seres humanos solo es posible a través del alma humana atemporal e inmortal. En la visión moderna (Immanuel Kant), Dios sigue siendo considerado como atemporal pero los seres humanos no pueden acceder al conocimiento de las realidades atemporales. En contraste con estos puntos de vista filosóficos, la perspectiva bíblica asume que Dios es un ser temporal que puede comunicarse con los seres humanos en tiempo y espacio. Esta sección establece la plataforma para las siguientes secciones.

La segunda sección presenta y evalúa los modelos clásico, moderno y evangélico de interpretación de la revelación-inspiración. No es posible resumir toda la información aquí. Sin embargo, se pueden resaltar algunos aspectos. Los tres modelos se evalúan según los criterios de concordancia (el modelo reconoce lo que la Biblia enseña con respecto a sí misma), coherencia (el modelo reconoce adecuadamente el elemento humano en la Escritura en conformidad con el fenómeno mismo de la Biblia) y aplicación práctica (efecto hermenéutico).

El modelo clásico (capítulo 8) considera que sólo un Dios atemporal puede revelar verdades atemporales. Es una revelación del “pensamiento” pero no de palabras. Para ese propósito, las habilidades racionales del profeta se elevan. Al mismo tiempo, en la inspiración, Dios le da las palabras al profeta. El modelo asume una idea verbal-plenaria e infalible de la inspiración que anula el papel práctico del profeta. Esta idea no es coherente con los fenómenos de la Escritura que sugieren una contribución más activa de la agencia humana. Además, es inconsistente en la práctica porque crea interpretaciones deshistorizantes de la verdad bíblica a pesar de que la Biblia presenta a Dios revelando la verdad en tiempo y espacio.

El modelo moderno de revelación-inspiración (capítulo 10) se basa en una comprensión ontológica atemporal sobre Dios, pero que asume los presupuestos epistemológicos kantianos. Como los seres humanos no pueden acceder a las realidades atemporales, la revelación se reduce a un encuentro no cognitivo. La inspiración también se reduce al testimonio de los sentimientos humanos de absoluta dependencia de Dios (Friedrich Schleiermacher). Este modelo abre la puerta al método histórico-crítico porque entiende que la Escritura es solo un producto humano. Es más coherente con los fenómenos de la Escritura (participación humana en el proceso de revelación-inspiración) pero no concuerda con la doctrina de la Escritura (Dios reveló contenidos cognitivos). Al mismo tiempo, elimina la base de la teología porque no hay una comunicación cognitiva real de Dios.

El final de la tercera sección (capítulo 11) discute el modelo evangélico. Este modelo se basa en el modelo clásico, pero enfatiza la soberanía de Dios (Agustín) en el proceso, lo que resulta en la infalibilidad de la Escritura. El rol humano no es muy importante, lo cual es inconsistente con los datos bíblicos. Este modelo promueve una hermenéutica fundamentalista de la Biblia.

La contribución más importante del libro de Canale es la tercera sección donde presenta lo que él llama modelo histórico-cognitivo. Canale recuerda el hecho de que la posmodernidad crea el contexto intelectual apropiado para iniciar una nueva comprensión de la revelación-inspiración (y, por cierto, de la teología en general). Martin Heidegger cambió los presupuestos ontológicos sostenidos por los modelos anteriores al afirmar que la realidad es básicamente temporal, no atemporal (capítulo 12). Esto es significativo porque la Biblia también afirma que la realidad es temporal. Desde una perspectiva bíblica, Dios experimenta el tiempo y el espacio y también el ser

humano (aunque Dios lo hace de manera cualitativa y cuantitativamente superior) y este hecho fundamental sienta las bases para una nueva comprensión de la comunicación divino-humana. Dios se revela en tiempo y espacio y los seres humanos son capaces de comprender esa revelación histórica (capítulo 13). Este modelo admite un papel más activo del ser humano en la revelación-inspiración. Dios se comunica en muchas formas significativas diferentes. Sus comunicaciones pueden darse de manera abierta y milagrosa (como en las teofanías, sueños, milagros, etc.), o de manera sigilosa y no milagrosa (Jesucristo viviendo como un ser humano, la acción silenciosa de Dios en la historia, etc.). El profeta puede acceder a la información que Dios comunica de manera directa o indirecta (en este último caso, por ejemplo, a través de la revelación previa o de informes de otros sobre las formas directas de revelación). La interpretación del profeta de estas revelaciones indirectas se basa en formas previas de revelación directa que tienen un nivel más alto de especificidad cognitiva (capítulo 15). Esto significa que Dios mismo proporciona a los profetas las presuposiciones necesarias para interpretar las revelaciones.

El modelo histórico-cognitivo que propone Canale sostiene que la revelación-inspiración implica una “encarnación” del conocimiento divino en el conocimiento humano pero que es análoga, no igual, a la encarnación de Cristo. Cristo es una persona, en tanto que la Escritura es literatura (capítulo 16). El modelo histórico-cognitivo también implica que la revelación histórica se produce de acuerdo con diferentes patrones (capítulo 17) que no se pueden explicar aquí en detalle, sino que solo se enumeran: patrón teofánico, patrón verbal, patrón profético, patrón histórico, patrón existencial y el patrón de la sabiduría. Esta multiplicidad de patrones sugiere la complejidad de la revelación. A la vez, es evidente que los escritores bíblicos fueron pensadores activos en el proceso, no solo receptores pasivos; tuvieron que interpretar las revelaciones divinas. También desempeñaron un papel activo en la inspiración (capítulo 18). Eligieron formas literarias e hicieron una labor editorial. Utilizaron su creatividad para producir documentos bíblicos. Pero esto no significa que Dios no estuviera presente. Dios actúa de acuerdo a patrones de inspiración. El modelo histórico-cognitivo reconoce que Dios supervisó de forma no intrusiva la escritura del texto bíblico (patrón de supervisión general de la inspiración de Dios). Señala que Dios hace correcciones cuando es necesario (patrón correctivo-reparador), recuerda revelaciones anteriores, ayuda

al escritor bíblico con nuevas revelaciones o ayuda a seleccionar fuentes literarias.

Al final de su libro, Canale presenta los efectos hermenéuticos del modelo histórico-cognitivo (capítulo 19). El modelo afirma los principios de *tota, sola y prima Scriptura*; toda la Biblia es una fuente revelada de teología. La Escritura no está condicionada históricamente sino constituida históricamente. Al mismo tiempo, el modelo requiere una reconstrucción de la hermenéutica teológica y el desarrollo de una nueva teología sistemática basada en una comprensión temporal de Dios y de la relación con su creación. El último capítulo habla de la veracidad de la Escritura. Canale defiende la confiabilidad de la Biblia a pesar de algunos detalles donde esta tal vez no sea totalmente precisa. Estos detalles son reconocibles por el hecho de que, si se eliminan, el significado del tema o la realidad presentada no cambia.

Se hacen necesarias algunas observaciones generales finales en cuanto al libro. Primero, el libro resulta didáctico y claro. Está muy bien organizado, de acuerdo a una secuencia lógica. Resultan particularmente útiles las secciones de repaso al final de cada capítulo. Es de destacar también la calidad general de la edición.

Segundo, el trabajo representa una obra monumental en su campo que refleja años de experiencia docente e investigación. Es sin duda un tratamiento verdaderamente sistemático del asunto de la revelación-inspiración. Discute ampliamente los presupuestos filosóficos (ontológicos) involucrados en el tema y elabora una perspectiva (el modelo histórico-cognitivo) que es totalmente relevante para el contexto histórico posmoderno de los lectores. Esta perspectiva, además, demuestra un elevado poder explicativo del conjunto de la evidencia bíblica y abre el camino para investigación adicional.

Tercero, aunque el autor haya escrito este libro pensando en “la comunidad pensante de la Iglesia, incluyendo a los administradores, los pastores, los estudiantes de teología y las personas laicas interesadas en los temas teológicos” (p. ix), es todavía cierto que su lectura puede no resultar fácil para todos. Requiere atención y dedicación. Sin embargo, quienes emprendan su lectura, verán recompensados sus esfuerzos con creces.

Roy E. Graf
roygraf@upeu.edu.pe
Universidad Peruana Unión
Lima, Perú